
DOS COLOSOS DE LA POLITICA

“La desigualdad no es solamente natural e innata, sino que aumenta con la complejidad de la civilización”.

W. Durant

Hernando Gaitán Linares

La sociedad humana —trasunto de la economía en acción— testimonia la lucha constante entre individuos, grupos, clases y estados, por el alimento, el combustible, las materias primas y el poder político. Es por esto que la guerra es siempre una de las constantes de la historia, que no disminuye sea cualquiera el curso de los acontecimientos.

Si nos atenemos a los hechos, en los últimos 3.421 años de historia escrita, solo 268 transcurrieron en paz, lo que lleva a pensar que ésta constituye apenas un equilibrio inestable sólo preservable por la reconocida supremacía o por igual poder. A propósito de este aserto dijo un notable político europeo: “La paz sólo se logra a la sombra de las bayonetas”.

Así a no dudar, las causas que motivan la guerra son también aquellas que originan la competencia entre los hombres por su afán adquisitivo, su pugnacidad y orgullo y lo ya afirmado, en el ansia de alimentos, tierras, materias primas, combustibles y su mayor ambición, el dominio.

Bajo sus dos características —siempre las mismas— a través de los tiempos, socialismo y capitalismo, se suceden el uno al otro como consecuencia de una perpetua renovación generacional, dada su inequívoca condición humana.

La lucha —esa contienda entre los dos sistemas— ha sido una parte del ritmo histórico en la concentración y dispersión de la riqueza. Ambos han venido cumpliendo en su momento y dentro de sus circunstancias, una función creadora, perdiendo apenas algo de su esencia, contenido y propósitos político-económicos. Esa sutil desvirtuación de otrora inmovibles

estructuras, se viene acentuando por esa ley inexorable de la evolución de todas las cosas. Los dos sistemas, acorde con sus peculiares métodos, han dispuesto siempre de los recursos de las gentes, mediante las promesas de dividendos e intereses en el capitalismo, y de bienestar provechoso a la comunidad en el socialismo. Tanto el uno como el otro —bajo su ropaje característico— han pretendido costear los requerimientos y necesidades públicas, según las épocas de la humanidad, siempre a tono con sus propósitos esenciales. Han promovido la transformación de la productividad, cualquiera que haya sido. Han sorteado —en su momento— las dificultades y calamidades impuestas por los hechos, propios o extraños; han sido los promotores de la modernización y actualización de la agricultura, de la industria y de su consiguiente racional distribución. Su gestión en este sentido ha traído como resultado, al llegar los tiempos actuales, una corriente de bienes, jamás presentada anteriormente.

El capitalismo ha puesto a su servicio el evangelio de la libertad, alegando que los hombres de negocios relativamente liberados de portazgos y reglamentaciones legislativas, pueden ofrecer al público una abundancia de elementos, casas, comodidades y conveniencias, superior, a la que hayan procurado jamás industrias alimentadas por políticos, manipuladas por empleados públicos y supuestamente inmunes a las leyes de la oferta y la demanda.

Sin embargo, pese a estas consideraciones, la historia registra en su largo encadenamiento protestas sin número y revueltas contra el abuso del predominio industrial, las manipulaciones de los precios y las argucias en los negocios.

Formuladas estas apreciaciones conviene destacar que autorizados tratadistas concluyen que todas las formas políticas, las instituciones religiosas, las creaciones culturales tienen sus raíces en realidades económicas. Precisan también que la revolución industrial provocada por el capitalismo, trajo consigo la democracia, el feminismo, la regulación de la natalidad, el socialismo moderno, la declinación de la religión, el relajamiento de la moral, la liberación de la literatura de su dependencia del mecenazgo aristocrático, la sustitución del romanticismo por el realismo en la novela y la interpretación económica de la historia.

El experimento socialista se remonta a épocas tan lejanas que se pierde en la bastedad de los tiempos, sin tener en cuenta el llamado "comunismo primitivo", que han sustentado varios historiadores, especialmente de las corrientes materialistas. Gracias

a la arqueología y otras ciencias investigadoras de ruinas y monumentos se ha logrado precisar que en Sumer, hacia el año 2100 a. de C., la economía estaba organizada por el Estado. Allí la mayor parte de la tierra cultivable era propiedad de la corona; los labradores recibían raciones de las cosechas que se almacenaban en los depósitos reales. Para la administración de esta vasta economía estatal se creó una jerarquía muy diferenciada y se llevaban cuentas de todas las entregas y distribuciones de raciones. Como testimonio hoy reposan en los museos miles de tabletas de barro cocido halladas en Ur, Lagash, Umma y en otras localidades. El comercio exterior también se efectuaba en nombre de la administración central (Our Oriental Heritage 205 - 13).

1750 años a. de C., en Babilonia, el Código de Hammurabi contempla las cuantías de los salarios de pastores y artesanos y el monto de los honorarios que podían cobrar los médicos por sus servicios a los miembros de la comunidad.

En Egipto, del 323 al 30 a. de C., los Tolomeos eran dueños del suelo y administraban la agricultura. Señalaban al campesino las tierras que debía labrar y los productos de explotación. Una vez recogida la cosecha era medida y pasaba a los registros reales por agentes del gobierno; luego era trillada y transportada a los graneros del Estado. A su turno, los labradores percibían las raciones que les eran asignadas. La venta de los productos agrícolas, el aceite, la sal, el papiro y los tejidos, así como los metales extraídos de las minas, era controlada y regulada por el Estado, que por medio de agentes especializados efectuaba el expendio de productos y mercancías, así como la exportación de los excedentes. La banca, monopolio real, podía ser delegada en firmas privadas. Había impuestos sobre toda clase de personas, industrias privadas, procesos, ventas y documentos legales. Una burocracia eficiente y bien controlada atendía y llevaba un registro riguroso de toda la mecánica oficial.

Los ingresos que percibían a través de éste sistema hicieron del estado tolemaico el más rico de su tiempo. Esto permitió a los gobernantes adelantar grandes obras públicas, perfeccionar la agricultura y destinar una buena parte de las utilidades al desarrollo y adorno del país y al progreso cultural. Fue entonces cuando fundaron famosos museos y la gran biblioteca de Alejandría. Allí, según fehacientes testimonios, florecieron la cultura y la literatura a niveles muy altos para su época.

Pero como sucede y sucederá siempre en el curso de las civilizaciones, éstas, abrumadas por una serie de fenómenos adversos y hechos desestabilizantes, muy propios de las colec-

tividades humanas, engendraron la mortal decadencia de las instituciones y la corrupción de todos los estamentos sociales, hasta echar por tierra la obra realizada por muchas generaciones.

La Roma Imperial, señora del mundo y difusora de la cultura más alta de la antigüedad, víctima también de la inexorable decadencia, culminó su larga trayectoria de grandeza en manos de emperadores ineptos y de instituciones corroídas por el vicio y la corrupción. Ya en el 301 a. de C., cuando los bárbaros se preparaban para asestarle el golpe final, el emperador Diocleciano ante la pobreza y el desasosiego creciente de las masas populares, emitió y publicó un edicto acusando a los monopolios de elevar los precios al máximo y de llevar la ruina a las clases menos favorecidas. Simultáneamente con el edicto expidió una serie de disposiciones que llevaron a la implantación de un régimen socialista. Este viraje hacia la izquierda contempló la ejecución de grandes obras públicas para combatir la desocupación; la distribución de artículos, víveres y otros elementos gratuitamente a las clases más necesitadas; en toda localidad importante el Estado se convirtió en un poderoso patrono... muy por encima de los industriales que en todo caso estaban abrumados por los gravámenes. Los impuestos aumentaron tanto que las gentes perdieron todo impulso por el trabajo o la ganancia, estableciéndose una pugna corrosiva entre abogados que ideaban recursos para evadirlas y abogados que formulaban leyes para impedir la evasión.

Para facilitar la regulación y la imposición, el gobierno legisló en el sentido de sujetar al campesino a sus tierras y al obrero a su taller hasta cuando estuvieran satisfechas todas las deudas y contribuciones. Es deducible, que estas medidas fueron el origen de la futura servidumbre medieval.

China ha realizado en su larga existencia varios intentos para socializar el Estado. 140 años antes de nuestra era, un emperador para prevenir que los potentados se reservaran el uso exclusivo de las riquezas de los montes y el mar y sometieran bajo su dominio a las clases inferiores, nacionalizó los recursos del suelo, intervino el transporte y el comercio, estableció el impuesto sobre la renta, emprendió obras con inclusión de canales que unieran los ríos y regaran los campos. Así mismo acumuló grandes existencias de mercancías para venderlas luego cuando los precios fueran altos y combatir la especulación cuando aquellos descendían. Fomentó el asentamiento de nuevos colonos, procurándoles semillas y otras ayudas que serían retribuidas una vez aprovechadas las cosechas. Se emprendieron grandes

obras para prevenir las inundaciones y combatir el desempleo. Se crearon juntas reguladoras de los salarios y precios en los distritos y se nacionalizó el comercio; se concedieron pensiones a los ancianos, los desocupados y los pobres. Se reformó la educación y los sistemas de exámenes, se retiraron los textos de retórica y se intensificó el estudio de historia, geografía y economía política.

Contra este benéfico experimento conspiraron los altos impuestos que hubo de enfrentarse, para costear la creciente multitud de empleados que debían atender el rodaje administrativo que implicaba el sistema; el reclutamiento de un varón de cada familia para los ejércitos, necesarios para contener las invasiones bárbaras; la inevitable corrupción de la burocracia y la oposición soterránea de los grandes intereses privados.

Ante las crecientes dificultades terminó por quebrantarse el sistema y hubo de regresarse a los gobiernos hegemónicos; el tiempo se encargaría de retornar al socialismo, pero sin abandonar ciertos postulados del viejo capitalismo.

En este ir y venir de los grandes sistemas económicos, bien vale recordar que los incas, antes de la invasión de los europeos, idearon un socialismo que ha sido tal vez el de mayor duración que ha conocido hasta el presente la historia. Basándose en su arraigada convicción de que el soberano terrenal era el delegado del dios sol, organizaron y dirigieron la totalidad de la agricultura, el trabajo y el comercio. Esta concepción económica-religiosa preveía, que sin excepción, toda persona era un empleado del Estado, vigorizada por la seguridad de sus bienes terrenales y de su comida. ¿Quién sabe cuál habría sido el destino de este afortunado ensayo americano si no hubiera llegado Pizarro en 1533?

En la vertiente opuesta de América del Sur se gestó un sistema socialista en una colonia portuguesa a orillas del río Uruguay, donde 150 jesuitas organizaron a 200.000 nativos en una sociedad de tipo socialista, que preveía una dirección total de los religiosos sobre la agricultura, el comercio y la industria, y que permitía a los jóvenes elegir entre los oficios que se enseñaban, pero con la obligación de trabajar ocho horas diarias. Los jesuitas proporcionaban recreación, organizaban deportes, danzas, coros, y adiestraron una orquesta para tocar música europea. Sirvieron también como maestros, médicos y jueces e idearon un código penal que incluía la pena de muerte. Este ensayo, sin precedentes, subsistió de 1620 a 1750, hasta cuando Portugal cedió a España un territorio que incluía siete de los asentamientos jesuíticos.

El ansia febril de oro de los conquistadores acabó con el experimento, pues ante la perspectiva de un rico filón de oro que jamás fue hallado, los sacerdotes y los aborígenes debieron abandonar sus asentamientos. Así, donde antes floreció una promisoriosa cultura, la selva se encargó de borrar hasta sus últimos vestigios.

En Alemania, donde la reforma luterana se impuso a las demasías y desafueros del fanatismo religioso que propiciaban Roma y España, algunos de los jefes rebeldes vocearon lemas comunistas basándose en la biblia. Uno de ellos el predicador Münster, pidió al pueblo que derrocaria a los príncipes, clérigos y capitalistas y que todas las cosas fueran poseídas en común. Para ello reclutó un ejército de campesinos, los estimuló con relatos de comunismo entre los apóstoles y los llevó a la batalla.

Vencido en la lucha Münster fue decapitado en 1525. Hans Hut, otro predicador, siguiendo postulados y enseñanzas de Münster, organizó en Austerlitz una comunidad anabaptista que practicó el comunismo durante casi un siglo (1530-1622). Juan de Leiden capitaneó un grupo anabaptista que se apoderó de Münster, capital de Westfalia. Allí, durante 14 meses mantuvo un régimen comunista (1534-1535).

En Inglaterra en el Siglo XVII un grupo de partidarios de Cromwell pidió tenazmente, aun cuando sin resultados positivos, que se organizara una utopía comunista. El movimiento languideció hasta desaparecer aparentemente. Sin embargo, cuando ocurrió la Revolución Industrial y se puso de presente la codicia y la brutalidad del capitalismo ejercido sin piedad sobre hombres, mujeres y niños, sumergidos en un mundo de miseria y degradación, de muy bajos salarios y con jornadas de trabajo más propias de bestias que de seres humanos, Karl Marx y Friedrich Engels elaboraron el Manifiesto Comunista en 1847 y lo que habría de ser con el tiempo la biblia de los trabajadores, el Capital, en 1867. Pero a pesar de estos dos notables documentos de tan tremendo alcance, no estalló la revolución en Inglaterra, pese a las asperezas de sus autores y a la fe que pusieron en ello los trabajadores de minas y fábricas. Los dos ideólogos alemanes no vivieron lo suficiente para conocer los resultados de su obra monumental. Pero esta bomba de tiempo habría de estallar en otras latitudes.

Rusia, donde el capitalismo se hallaba apenas en la infancia en 1917, era con todo, terreno abonado para una revolución. Siglos de miseria y de degradación campesina frente a la opulencia sin limitaciones de la casta terrateniente, permitieron a sus grandes intelectuales producir obras que se hicieron clásicas en

la historia de la literatura universal de los últimos siglos. En las páginas de estas obras campean el dolor, la angustia y la desesperación, almacenados desde cuando la tierra rusa cayó bajo el látigo y la bota de la invasión asiática por espacio aproximado de tres siglos. Y cuando al fin se llegó el día de la liberación, los olvidados campesinos sólo cambiaron de amo.

La revolución de 1917 al combatir sin descanso el zarismo desacreditado y vencido, permitió que los campesinos que venían del frente de guerra con sus armas, las volvieran bajo el influjo de Lenin, Trotzky y otros revolucionarios profesionales, adeptos al marxismo, contra el tambaleante estado de Nicolás II.

Esta fugaz visión de lo que aconteció en Rusia, permite con todo deducir, que si el socialismo moderno fructificó en un mundo, que sin ser capitalista, era sin embargo un dominio de los señores feudales, transmitido por generaciones, fue porque la economía rusa, hundida en el caos de la guerra y anarquizada en todos sus estamentos sociales, no pudo conjurar la tormenta desencadenada y avivada por la Alemania del Kaiser Guillermo II, quien prestó su decidido concurso a los futuros dueños del poder. Esta carta política hábilmente jugada para eliminar un vasto frente de guerra, no pudo evitar que a la postre Alemania sucumbiera ante sus poderosos adversarios.

Esta incursión del sistema socialista en Rusia, Unión Soviética más tarde y luego en la China milenaria, con las variantes propias de la peculiar naturaleza de esta última, permite apreciar, transcurrido el tiempo necesario, ciertos cambios indicativos de una rectificación en los métodos económicos, tanto en la Unión Soviética como en la China. Al efecto, el socialismo en ellas está restaurando móviles individualistas, para imprimir a su sistema un mayor estímulo productivo y darle curso a una mayor libertad, tanto física como intelectual. Al explicar estos síntomas tan significativos el comentarista soviético Boris Krotkov, se refirió a los "aciertos y desaciertos del pasado lejano y reciente", y analizó el proceso político que se ha venido cumpliendo de Stalin, Kruschov y Breznev, hasta el reciente Secretario General del Comité Central del Pcus, afirmando que el léxico ruso se enriqueció con dos vocablos proferidos por Mijail Gorbachov en un discurso ante el comité central del partido: Perestroika, reestructuración y Glasnot, transparencia informativa.

Este avance de notables proporciones, que ha acompañado y seguirá acompañando la reestructuración propiciada por Gorbachov, no debe interpretarse como algo casual u oportunista, sino como la inexorable transformación que viene afrontando el curso de la historia, a una velocidad que guarda relación con la

característica de los últimos años del Siglo XX, pródigo en transformaciones y cambios inevitables en la mentalidad de la humanidad, auspiciados por la economía que afecta todas las latitudes del planeta tierra.

Está ocurriendo sin embargo, que acontecimientos inesperados, pero vagamente presentidos por los observadores, han irrumpido como un trueno en un día de sol, en los países del oriente europeo. Transformaciones cada día más radicales han venido aconteciendo en casi todas las regiones que conformaban el bloque presidido por la Unión Soviética. Estos acontecimientos de excepcional importancia, no obstante contemplarse en las iniciativas de Gorbachov, provocaron por fin la reacción de los radicales marxistas del partido comunista soviético, que fraguaron y llevaron a cabo un golpe de estado para detener el curso de la perestroika, puesto en marcha por el reformador. Pese a un éxito inicial, propiciado por la sorpresa, la reacción popular y el apoyo moral de los demás países europeos, la conspiración culminó en tremendo fracaso y la recuperación del poder por los partidos de la reforma política.

Lo acontecido en toda la región europea está revestido de inocultables síntomas y consecuencias que acusan la quiebra, por un tiempo impredecible, al tenor de las experiencias históricas que se han venido relacionando en este ensayo, sobre los milenios recorridos. Las estructuras ideológicas van y vienen acusando desde luego las innovaciones propias y naturales de la evolución constante de la humanidad. En tales condiciones nada hace suponer que sea factible mantener vigentes muchos de los postulados que alimentaban y sustentaban el régimen comunista, así como el aparente equilibrio de las potencias que gobiernan el mundo contemporáneo. Y es tal el alcance que hasta el momento ha afectado a la Unión Soviética, que aún los mismos estados rectores del capitalismo observan con cierta preocupación el desequilibrio de las fuerzas regulantes del actual concierto entre los europeos. Bastaría recordar a este propósito, que las dos últimas conflagraciones que afectaron el orbe, se derivaron de ambiciones territoriales insatisfechas en materia de espacio vital. Y si llegare a ocurrir el desmembramiento total del Estado ruso y el surgimiento de numerosas regiones soberanas, podría promoverse un inquietante renacer de conflictos por razón de minorías étnicas.

Esta posibilidad de desmembración del mayor gigante territorial se ve al menos atemperada por una serie de fenómenos casi insolubles por virtud de compromisos insolutos, rivalidades regionales, confrontaciones étnicas y dificultades económicas

que sólo pueden superar la federación y la confianza del mundo que provee de recursos de producción y de estructuras inferiores en todos los campos que gobiernan la llamada soberanía.

Hasta el momento, Gorbachov, a quien se adeuda el mayor y más trascendental acontecimiento ocurrido después del segundo conflicto mundial, ha debido, forzado por las circunstancias políticas, aceptar y resignarse a un cambio en sus propósitos de reestructuración de la extinguida Unión Soviética y acceder a que sus compañeros de ayer asuman el poder después de un inevitable cambio de guardia. Gracias a este gran innovador, que también ha comprobado hasta el momento, ser un hábil perdedor, el horizonte político ha recobrado aparente calma y relajación de la zozobra generada por la prolongada guerra fría que afectaba a la humanidad de la posguerra, después de silenciados los cañones.

Esta hipertensión, insondable y con sabor de angustia, hasta hace muy poco tiempo, ha sido patrimonio de casi todas las generaciones desde los más remotos tiempos, quizás tal vez desde el prehistórico Paleolítico, que fue sin mayores dudas, una vez que aparecieron los hombres, su más constante compañero a través de los milenios transcurridos.

Ese hombre del Paleolítico tuvo miedo de las potencias de la naturaleza, de las bestias feroces que pululan a su alrededor, y de algo más, de sus propios congéneres. Buscó refugio y abrigo en las cavernas y dormía en su interior con el hacha y la porra de pedernal al alcance de su mano. La profundidad de su refugio y sus armas bien aguzadas le infundían alguna seguridad y temblaban el fantasma del miedo, como viene ocurriendo a sus descendientes en los períodos de paz armada. Y cuando el tiempo fue menos riguroso descendió de su refugio e ideó las chozas, pero rodeándolas de empalozadas para precaverse de sus naturales enemigos.

De este baluarte tan lejano a los poderosos reductos que se fueron erigiendo sobre y bajo tierra hasta llegar a nuestros días, ha quedado siempre patente la vulnerabilidad, y continúa primando el fantasma del miedo. A diferencia de los animales que no olvidan su instinto de defensa, se equivocó desde el Paleolítico y ha seguido equivocándose y meciéndose en la seguridad ilusoria. Y también, a diferencia de los animales, su cerebro y sus manos prensiles obraron el tremendo dilema de la riqueza y la pobreza, que según la Biblia, "el libro de los libros", proyectaron sobre la vida de los hombres, desde un humilde pesebre, la imagen noble y conmovedora de Jesús de Nazaret, quien estaba

destinado a morir por su causa. Recorriendo ese largo camino que han transitado las innúmeras generaciones que han alcanzado nuestro siglo, ya en trance de extinguirse, apreciamos que el rico Epulón y Lázaro, terminarían por convertirse o metamorfosearse en el multimillonario y el paria de los tiempos modernos, agrupados en dos vertientes políticas: capitalismo y socialismo.

Así, desde las cuevas de los tiempos primitivos hasta los refugios para protegerse de los terroríficos elementos de destrucción, va sólo un paso en el discurrir del tiempo inagotable y en la vida efímera del hombre o más bien de las generaciones humanas que se van sucediendo y renovando por esa ley inexorable que enfrenta la vida transitoria con la muerte, silenciosa y eterna.

La historia que va consignando el devenir generacional, presume, según los historiadores, todos de corta vida en el espacio del tiempo, que los acontecimientos pueden tener un carácter irrevocable y definitivo, cuando por el contrario, casi todos ellos se reproducen bajo formas y caracteres que llevan siempre impresos el sello que consagran la evolución y sus consecuentes transformaciones en los diversos órdenes. Del rico Epulón y Lázaro al midas y al paria contemporáneos, existe esa tremenda afinidad que no ha podido borrar el paso ininterrumpido del tiempo que transcurre y gotea sin cesar en la eterna clepsidra.

Los nombres con que se ha venido designando este fenómeno económico, al igual que todo lo creado en su continua evolución, se ha estabilizado por fin en la historia contemporánea, como ya lo observamos, con el rótulo evidente de sus contrastes: capitalismo y socialismo o comunismo. Los dos, bajo múltiples reformas, pero siempre bajo el imperio del miedo han ideado, bajo la ilusión de la seguridad, baluartes que en su época se consideraron inexpugnables, hasta cuando sus adversarios y los días que corroen, los convirtieron apenas en lugares de distracción para el turismo y los investigadores de historia, ávidos de emociones fuertes.

En una rápida visión —por demás restringida— y sin que los medios y recursos ideados para garantizar la seguridad tengan relación muy directa con la confrontación política entre capitalismo y comunismo, se han incorporado a este ensayo para apreciar que la ilusión de la seguridad ha sido factor casi siempre decisivo para quebrantar la capacidad militar y el espíritu combativo, en razón de abandonar la iniciativa del ataque y situarse en el plano defensivo, que quebranta el espíritu bélico, cediendo así la iniciativa al adversario.